

**EL GRAN HOTEL  
DE TETUÁN**

**Pedro Maté Calderoni**

**EL GRAN HOTEL  
DE TETUÁN**

**ESDR JULIA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, octubre 2025  
© Pedro Maté Calderoni, 2025  
© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES  
Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada  
[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)  
[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de  
Mariana Lozano Ortiz  
Ilustración de cubierta: Daniela Carretero  
Maquetación: Noelia Cortés  
Impresión: Centro Gráfico Digital

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1419-2025

ISBN: 979-13-991064-7-3

Impreso en España · Printed in Spain

A la *nonna* Adelaide.

El gran hotel  
de Tetuán

## PRÓLOGO

### ATALAYA TETUANÍ

En una ciudad tan moruna —quizás la más moruna de toda la Morería— como Tetuán, nos toca comenzar con una palabra de las que el español heredó del árabe: *atalaya*. Y aunque en principio se usó para denominar a los torreones de vigilancia, su significado fue desplazándose hasta ser sinónimo de *observatorio*, que es ni más ni menos una de las funciones principales de un hotel, y más aún si se trata de uno tan importante como el protagonista de este libro.

Si todos los hoteles son eso —observatorios de la vida—, en el caso de este no cabe duda de que desempeñó durante muchos años ese papel de testigo y de escenario de los sucesos en una ciudad —Tetuán— que fue tan importante en la historia de España y de Marruecos durante gran parte del siglo XX.

¿Y qué mejor para contarnos la vida que un álbum de fotos tanto periodísticas como familiares? Y mucho mejor aún si alguien nos va explicando cada imagen con el detalle y el cariño con que nos las cuenta el autor de esta bella historia, de tal manera que podemos sentirnos huéspedes del hotel o invitados en alguna de las muchas fiestas que allí se celebraban.

Es inevitable quedarse boquiabierto al ver las firmas que dejaron los huéspedes en el libro de visitas, poco después de la inauguración, entre las que están las de un príncipe de España, un obispo, el jalifa, un marqués, un duque, un general... Una colección de autógrafos de damas y caballeros de la alta sociedad española, europea y marroquí que eligieron ese nuevo establecimiento para instalarse en sus viajes de placer, de negocios o de asuntos políticos.

Tras algunos altibajos en el funcionamiento debidos a la Guerra del Rif, y tras dos o tres directores, llega el momento en el que toma las riendas un antepasado del narrador del libro que hoy nos ocupa; aparece en Tetuán un personaje sumamente interesante: Celestino Rossi, conocido como «el *zio Rossi*» o «el *zio Celeste*», procedente de un hotel en el lago Maggiore. Él y su esposa, la tía Luisa, llegan a Tetuán y comienzan a darle nueva vida al negocio. Y así nos lo cuenta Pedro Maté Calderoni, con muchos detalles y con anécdotas tan precisas que por momentos podemos creer que estuvo allí en aquellos años, como cuando relata la historia de las dos pistolas.

No podían faltar historias tan cinematográficas como la de la periodista y escritora británica Rosita Forbes, que se hospedó en el hotel cuando fue a Marruecos para hacerle una entrevista al famoso jeque Al Raisuni, que había secuestrado al millonario estadounidense Perdicardis.

¿Puede haber algo más exótico y daliniano —por lo surrealista— que una lámpara hecha con huevos de avestruz? Bueno, pues en nuestro hotel —ya es de ustedes y mío— había una que iluminaba con luz tenue el salón de lectura, en el que la clientela podía disfrutar de una selecta biblioteca formada por libros de tapas rojas de cartón y lomos de cuero.

Había también un espacio muy de moda en esos tiempos tanto en las grandes mansiones como en los grandes hoteles: el salón de fumadores, adonde se retiraban los caballeros casi siempre ataviados con unas batas para fumar —conocidas en inglés como *smoking*— que se ponían sobre el traje para evitar que este se ensuciara y se impregnara del olor a tabaco.

¿Y qué decir —para seguir entrando en calor— de la sabrosa lista de las espías que pasaron por el hotel? La baronesa de Alcalahí, Pilar Puig Palau, Anita Colombo, Elfrida Churchill, Conchita Peris del Corral, Larissa Swirsky (la Mata Hari del Sur) y, cómo no, la británica Rosalinda Fox, famosa por su aparición en la novela *Tiempo entre costuras*.

Entre los espías varones que también nos cuenta el autor que se hospedaron en el hotel destaca la figura del austríaco Ludwig Losbichler, agente de la Gestapo, traficante de cuadros robados a los judíos y colega de un tal Carl Marx, alias «Auguste», otro informador destacado en Tánger.

Llega ya el momento en el que vemos en el libro el segundo apellido del autor, cuando este nos narra la llegada de un nuevo chef, don Antonio Calderoni, que renovará y modernizará la carta del restaurante del hotel con postres como el *riso alla parigina* y el *riso alla imperiale*, y con bebidas tan sofisticadas como el té a la espuma.

Y como no podía ser de otra forma, llegados los años 30 y 40 del siglo XX desembarcan en Tetuán muchos alemanes, tanto civiles como militares, especialmente después de la Guerra Civil española, cuando las tropas y los políticos franquistas eran dueños de la ciudad, y esos militares de Hitler campan por sus respetos en el bar, el restaurante y los salones del hotel, tal como ocurría en otras ciudades de Europa y del norte de África, imágenes que nos llevan a las descritas en una

reciente (del año 2024) novela titulada *El barman del Ritz*, en la que el autor cuenta lo que pasó en el bar de ese hotel de París durante los años de la ocupación nazi. Son escenas casi idénticas a las que nos describe Pedro Maté cuando habla del bar del Hotel Nacional, el mismo espacio en el que transcurre el precioso relato del capítulo de este libro titulado *El ventilador del bar del H. N.*

Y si en ese minicuento se cuele la magia, también está presente en el momento en el que la *nonna* (la abuela) Adelaide Zanni toma las riendas del hotel y, además de regentarlo, se ocupa de decorar los salones para las fiestas de fin de año, con un colofón muy especial en 1951, cuando transformó los salones en la Antártida y los llenó de pingüinos confeccionados con algodón.

Las historias protagonizadas por las personas que pasaron por allí se suceden una tras otra hasta formar una serie de secuencias que bien se merecerían ser guionizadas para una serie de televisión, como la del caído empotrado en la bañera o la del prófugo de la Legión Extranjera.

Cambiamos ahora de ciudad y de hotel y vayámonos a Tánger, al Hotel Fuentes, en la plazuela del Zoco Chico, donde —me lo contó Alfonso Fuentes, uno de los descendientes de los fundadores— ocurrió lo siguiente: llegado el momento de cerrar el negocio, una noche a finales de la década de los años 50 del siglo XX, en el preciso instante en que ya salían del salón de baile, ya con todas las luces apagadas, una tía de Alfonso vio en la oscuridad cómo una silueta de un hombre atravesaba la estancia caminando, y reconoció a su padre, muerto muchos años atrás.

Así es, con visiones de lo que permanecen más allá de lo racional, como termina también esta historia del Hotel Nacional, cuando en el epílogo del libro el autor nos dice:

«[...] Cuando voy a Tetuán me gusta asomarme por alguna de las rendijas que hay entre las ventanas destartaladas de lo que queda del viejo hotel; son sensaciones extrañas las que me invaden y me asustan por las imágenes que veo. Veo la decadencia y la ruina actual, pero también me parece ver a todos los que pasaron y entraron al universo del hotel por esa puerta. Me sumerjo en el patio donde me saludan desde la esquina huéspedes y clientes, algunas de las mujeres espías o algunos de aquellos frailes de largas barbas; hasta algún alemán se inclina para darme la bienvenida [...] y escucho las charlas que todavía resuenan del salón de fumadores [...] los aplausos que sonaban al terminar las orquestas sus melodías, o a la pianola antes de que llegara el primer tocadiscos».

El hotel que nos presentan en este libro fue durante años la atalaya desde la que las y los huéspedes observaban la palpitante vida de la ciudad, y también el lugar al que se asomaban los viandantes para ver quién entraba y quién salía, pues casi siempre se trataba de gentes importantes y, cómo no, de personajes muy elegantes.

Nos queda el sueño de que resucite algún día...

ALBERTO GÓMEZ FONT  
Madrid, primavera del 2025